

PORTOCARRERO, Gonzalo; CACERES, Eduardo; TAPIA, Rafael (Editores): *La aventura de Mariátegui: nuevas perspectivas*, Lima: Fondo Editorial PUCP, 1995, 591 pp.

El libro que comentamos es un compendio de las ponencias que se presentaron en el evento “La aventura de Mariátegui: nuevas perspectivas”, realizado los días 30 de junio y 1 de julio de 1994 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Dicha actividad se inscribe en el conjunto de celebraciones que a nivel nacional e internacional se dieron por el centenario del nacimiento de José Carlos Mariátegui, uno de los más originales y fecundos pensadores latinoamericanos de la primera mitad del siglo veinte, fundador del socialismo en el Perú y “defensor de la causa de la belleza” (cf. el texto de Augusto Castro, p. 179).

Los editores de esta obra han tenido muy buen criterio al agrupar los 33 artículos en seis partes: “Vida y pensamiento”; “Mariátegui y la filosofía”; “Mariátegui: el arte y la cultura”; “Mariátegui y la política”; “Mariátegui: etnicidad e indigenismo”; “Mariátegui desde nuestra época”; son los títulos que sugieren la unidad temática de cada una de ellas, pero al mismo tiempo señalan los temas privilegiados en estas “nuevas perspectivas” que el libro pretende ofrecer.

El título alude explícitamente a una relectura de la obra de Mariátegui, no sólo motivada por la distancia histórica y los acontecimientos de los últimos años, sino sobre todo por los cambios conceptuales que decididamente han abierto nuevos horizontes de comprensión para volver a leer los problemas y propuestas planteadas por este autor<sup>1</sup>. Desde el prólogo se nos advierte que el libro se propone poner las bases de una nueva lectura de Mariátegui, enfatizando al mismo tiempo que en el proceso de pensar nuestra contemporaneidad su obra permanece como una interlocución necesaria (pp. 12-13).

De este modo, en medio de la pluralidad de perspectivas, es posible percibir en el conjunto de la obra la presencia de una lectura crítica que consigue tener una mirada original sobre temas no suficientemente transitados de la obra de Mariátegui<sup>2</sup>, ratificando, por otro lado, el valor de su aporte para su época y el significado que puede tener para la nuestra. En este punto cabe

---

<sup>1</sup> A esto se suma la publicación de una nueva edición de sus escritos bajo el título *Mariátegui total* que se preparó con ocasión del centenario de su nacimiento. Dicha publicación en dos tomos y casi 4,000 páginas será seguramente de gran estímulo para los futuros estudios sobre este autor. *Mariátegui total*, Lima: Editorial Amauta, 1994.

<sup>2</sup> Nos referimos a los escritos juveniles de Mariátegui.

mencionar que esta relectura reconoce como un antecedente notable los trabajos que sobre el tema escribió el historiador Alberto Flores Galindo, cuya memoria también se honra con este libro<sup>3</sup>.

La presente reseña no pretende dar cuenta exhaustiva de las diferentes temáticas abordadas en el libro, cuyo valor para los estudios sobre Mariátegui será seguramente destacado por los especialistas en el tema. Dentro de los límites de extensión que debemos considerar, nos proponemos solamente resaltar algunos méritos hermenéuticos que ofrecen estas “nuevas perspectivas” y en particular los artículos referidos a la relación entre Mariátegui y la filosofía.

En primer lugar, señalamos la novedad y riqueza que reporta el énfasis en la subjetividad y en la cultura presente en el conjunto del texto. Esta orientación de la investigación, dirigida a dilucidar las conexiones entre las experiencias de vida, decisiones teóricas y práctica histórica, resulta precisamente la estrategia privilegiada para pensar la vigencia del pensamiento de Mariátegui —incluida su original versión del socialismo— y para pensarnos a nosotros mismos. Claro ejercicio de autorreflexión que reafirma el carácter de las ciencias humanas y sociales como ciencias histórico hermenéuticas. Dicho ejercicio, por otro lado, nos recuerda que volver a las figuras significativas de la propia tradición, representa una de las contribuciones más importantes para que las sociedades no pierdan la relación con su historia y la sigan construyendo.

Respecto de lo anterior, las dos primeras partes del libro se dedican explícitamente a las conexiones entre la vida, el pensamiento y la filosofía de Mariátegui. La infancia y la juventud de este autor quedan, sin duda, ampliamente ilustradas y revalorizadas. Asimismo, se presenta la propuesta de ver en la vida de Mariátegui la continuidad de una serie de tendencias que se van redefiniendo al paso de sus experiencias<sup>4</sup>. Merecen destacarse a este respecto los artículos de Humberto Rodríguez, Javier Mariátegui, Gonzalo Portocarrero, William Stein, Raúl Chanamé, y el de Rafael Tapia, quien aborda con profundidad estas mismas problemáticas desde el tema de la etnicidad. Los textos de Teodoro Hampe y Juan Gargurevich se refieren a aspectos más puntuales de su vida y aventura intelectual.

Respecto a la relación más específica entre Mariátegui y la filosofía, los artículos de Gonzalo Portocarrero, Gustavo Gutiérrez, Augusto Ruiz, Augusto

<sup>3</sup> Del autor citado cabe destacar el notable estudio: *La agonía de Mariátegui*. Lima: Ed. Instituto de Apoyo Agrario, 1989.

<sup>4</sup> Esta propuesta contrasta intencionalmente con otras interpretaciones interesadas en marcar una ruptura en el pensamiento de Mariátegui. Puede afirmarse, sin embargo, que hoy se ha generalizado una revaloración de sus escritos juveniles en función del conjunto de su obra.

Castro, Carmen María Pinilla, Jeffrey Klaiber y Zenón Paz Toledo, además de ilustrarnos sobre las fuentes de influencia en su pensamiento y la manera original como él participó de la modernidad, nos persuaden decididamente de la vigencia de este autor en el debate filosófico contemporáneo<sup>5</sup>.

G. Portocarrero nos invita a recorrer el proceso ideológico del joven Mariátegui presentándolo no exento de tensiones y destacando las simpatías que tuvo por los movimientos culturales que privilegiaron lo irracional. El barroco y el romanticismo aparecen como las más importantes influencias, pero también en él surge el camino a la política y la urgencia del proyecto. En su interpretación todo este proceso parece finalmente derivar en una productiva confluencia de modernidad y de crítica romántica. Con acierto, considera la subjetividad de Mariátegui como “una encrucijada cultural, como espacio de encuentro de diversas tradiciones culturales que éste buscó reacomodar en un todo coherente con inéditas posibilidades” (p. 84). Por ello, nos dice, Mariátegui quedará dominado por la exigencia que las ideas deben estar al servicio de la vida, que la ética no equivale al olvido de la sensibilidad, ni el conocimiento supone dejar de lado la intuición (p. 108).

Por su parte G. Gutiérrez, con su habitual lucidez, no sólo nos recuerda el compromiso de Mariátegui con la realidad peruana, sino también su consecuencia con la historicidad de la vida y la de toda aproximación intelectual: “Mariátegui incursiona con audacia y creatividad en el análisis del mundo social” (p. 163). Este hecho se expresa, por un lado, en la permanente preocupación metodológica por el afinamiento de los conceptos para interpretar la realidad, y por otro, en su aproximación dialéctica, cuyo producto será una reflexividad aguda y flexible que motiva a la acción transformadora. Todo esto supone entender la vida humana como aventura, y al hombre como un proyecto lanzado al futuro para forjarlo. Por ello, la frase de Mariátegui: “la facultad de pensar la historia y la facultad de hacerla o crearla se identifican”, es destacada aquí, como lo que mejor expresa su propio itinerario personal.

A. Ruiz comienza su artículo mostrándonos a Mariátegui instalado en la experiencia de modernidad que las élites costeñas venían impulsando desde mediados del siglo pasado. Sin embargo, rápidamente nos aclara que esta experiencia no le impidió percibir las paradojas de la modernidad y dialogar con la “sin razón”. Este diálogo representa, en su opinión, una de las fuentes más importantes de motivación para la búsqueda de una racionalidad opuesta al positivismo dominante, aguzando en este camino su sentido de pluralidad y respeto a la diferencia. En este mismo sentido, pueden ubicarse las afirmaciones de Augusto Castro, quien ve en la dimensión estética del pensamiento

---

<sup>5</sup> En un interesante libro recientemente publicado, Francis Guibal se propone también repensar a Mariátegui desde el debate filosófico contemporáneo. Guibal, Francis, *Vigencia de Mariátegui*, Lima: Editorial Amauta, 1995.

de Mariátegui la fuente de su originalidad como pensador de la realidad social. El texto concluye afirmando que en este autor, “la estética está vinculada a la modernidad socialista” (p. 208).

C. Pinilla con su artículo “La agonía del cristianismo en Mariátegui”, nos introduce al interesante tema de la relación entre Mariátegui y el pensador español Miguel de Unamuno. Su artículo, además de ilustrarnos sobre el fructífero intercambio intelectual que vivieron, nos muestra la especial valoración que tuvo Mariátegui sobre los temas de religión y mística, así como las vinculaciones que estableció entre éstos y su concepción de la política. El mismo concepto unamuniano de “agonía” se presentará muy pertinente para significar su vida y pensamiento. Respecto a la relación entre la cultura española y Mariátegui, ésta se nos muestra ampliada con el artículo de Manuel Miguel del Priego (tercera parte) sobre la huella de Azorín en este pensador. Por su parte J. Klajber sugiere una desprejuiciada confrontación entre los planteamientos de Mariátegui y Francis Fukuyama, hallando interesantes coincidencias que no dejan de tener un cierto carácter polémico.

Zenón de Paz Toledo nos ofrece un excepcional artículo que logra darnos una visión muy sugerente de los presupuestos filosóficos del pensamiento de Mariátegui. En él se afirma que este pensador, aun declarando su filiación marxista, nunca se planteó la elaboración de un sistema filosófico. Sin embargo, es posible hablar de una concepción de la historia y una epistemología subyacente a sus planteamientos, muy cercanas a los temas de la hermenéutica y la fenomenología contemporánea. El autor nos recuerda el rechazo de Mariátegui al cientificismo y al naturalismo como claves de la interpretación de la realidad histórico social, así como su negativa a excluir un horizonte valorativo del estudio de la sociedad. Del mismo modo, en su concepción de la historia, nos lo presenta ajeno a todo objetivismo positivista, impugnando una visión sociologista que reemplaza el rol de los hombres por categorías reificadas de disciplinas teóricas como la economía y la política (pp. 284-285).

Mariátegui aparece aquí rescatando las visiones filosóficas que presuponen una dimensión teleológica de la acción (Croce). En afinidad con ellas, pensará que la actividad humana es la que teje la trama de la historia. Por otro lado, incorpora en su pensamiento elementos del vitalismo (Bergson, Nietzsche) y el surrealismo. Esto lo lleva a destacar “el valor hermenéutico de la imaginación y la fantasía para lograr develar la realidad histórica y para lograr el mayor grado de simpatía, de sintonía con el *pathos* de otras épocas y culturas” (p. 279). En suma, el artículo da cuenta del justificado lugar que tiene Mariátegui como un clásico del pensamiento peruano.

La tercera parte del libro evalúa el aporte de su vasta obra a la comprensión de la cultura y el arte. Sin un afán exhaustivo pero de manera muy apropiada, se recorren los temas de la literatura (Manuel M. del Priego, Carla Sagástegui), la educación (Juan Ansión), la religión (Manuel Marzal), la historia

(Luis M. Glave) y la escritura de Mariátegui (Miguel A. Huamán), confirmando en todos ellos la universalidad de su pensamiento, al mismo tiempo que su carácter nacional. Cabe destacar en esta parte, el artículo de C. Sagástegui por su agudeza y vitalidad al presentarnos el tema del hombre matinal.

La cuarta parte se dedica a repensar el compromiso político de Mariátegui y la original versión de marxismo que logró articular. Los temas de “Mariátegui y el rol de los trabajadores” (Denis Sulmont) y “Mariátegui y las universidades populares” (Ricardo Portocarrero) ceden el paso a reflexiones en torno a Mariátegui y la crisis del socialismo actual (Alberto Adrianzén). Eduardo Cáceres cierra esta parte con una sugerente reflexión en torno a la idea de “época” en Mariátegui y su relación con un poema de Martín Adán. Luego de confrontar estos planteamientos con la crisis política de nuestros días, nos sugiere volver a resignificar las palabras y así —dice—, “volverá a poder decirse de la política que es la forma más elevada de la actividad humana” (p. 439).

La quinta parte titulada “Mariátegui: etnicidad e indigenismo” tiene el mérito de actualizar un debate relevante para pensar la identidad peruana a la que tanto contribuyó este autor. Los artículos de Nelson Manrique, Juan Ossio, Catalina Romero, Carlos Monge y Rafael Tapia, no sólo nos ilustran sobre el origen de este debate, sino también nos muestran la complejidad con la que Mariátegui pensó y vivió este problema. Cabe destacar en este punto, las preocupaciones metodológicas que manifiesta N. Manrique cuando se pregunta: “¿Es posible recuperar la identidad primaria del héroe cultural, más allá de las múltiples capas de interpretaciones que lo han ido recubriendo?” El autor apunta al problema de la apropiación que implica toda interpretación. Problema relevante para el caso del pensamiento de Mariátegui, quien ha recibido apropiaciones que resultan claramente deformantes<sup>6</sup>. De todos modos, Manrique traduce una sensata dosis de escepticismo frente a la posibilidad de una “interpretación ideal”, pero responde a su pregunta afirmando que es imprescindible intentar un renovado esfuerzo de reconstrucción histórica.

La última parte del libro, “Mariátegui desde nuestra época”, tiene la virtud de no resultar reiterativa, aun cuando los artículos precedentes han sido formas de pensar su vigencia y su lugar en el esfuerzo de comprendernos a no-sotros mismos, *ad portas* del fin de siglo. Por un lado, Narda Henríquez, Carlos Iván Degregori, Daniel del Castillo y Sandro Venturo, Romeo Grompone y Carmen Rosa Balbi vuelven la mirada a las necesidades teóricas y prácticas de nuestra época, a nuestra “indigencia vital”, como la definiría E. Husserl<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> No pocos autores recuerdan la nefasta apropiación que hace *Sendero Luminoso* de Mariátegui.

<sup>7</sup> Husserl, Edmund, *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Barcelona: Editorial Crítica, 1991.

Pero por otro lado, Mariátegui queda en sus textos claramente reafirmado como un interlocutor imprescindible. Así, él aparece bajo la figura de lo clásico, que como “conservación en la ruina del tiempo”<sup>8</sup>, mantiene su vigencia e independencia frente a la crítica histórica, incluida la de este mismo libro.

*Cecilia Monteagudo V.  
Pontificia Universidad Católica del Perú*

---

<sup>8</sup> Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método*, Salamanca: Ediciones Sígueme, 1977, p. 359.